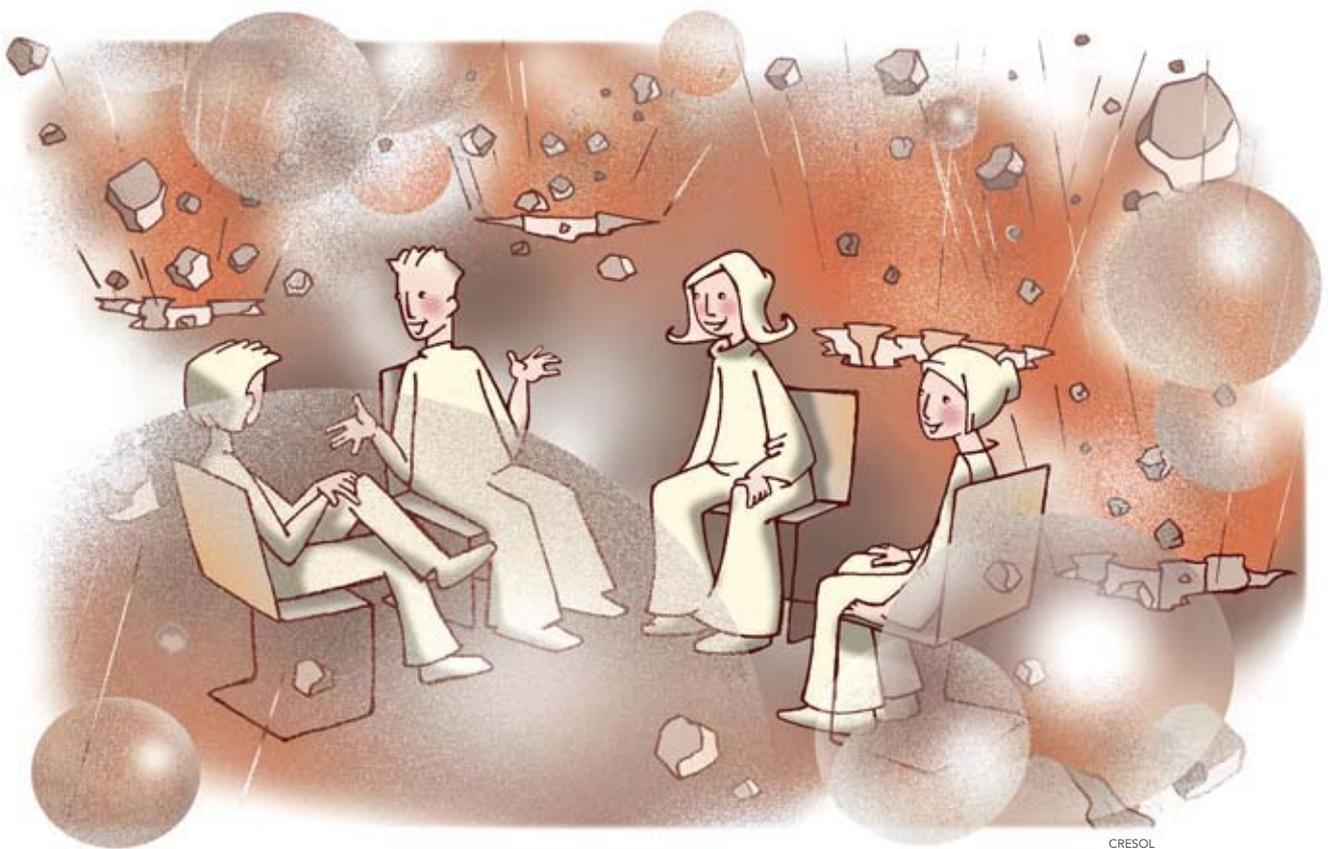


Aprender a convivir en un mundo de violencia



CRESOL

Frente a un entorno caracterizado por una violencia diaria, mediática y virtual, que llega incluso hasta los centros escolares, el autor reclama profundizar sobre las causas y los factores que provocan esta situación. Y reivindica un esfuerzo educativo para aprender y enseñar a convivir desde las relaciones cotidianas con las demás personas.

CARLOS ALDANA MENDOZA

Director de Intermón Oxfam en Guatemala
y profesor de la Universidad de San Carlos
de Guatemala.

Correo-e: carlosaldanam@gmail.com

Compartimos la esperanza por un mundo distinto, pero también compartimos el sonido de las armas, el llanto de los niños y niñas desamparados, el rostro de los hambrientos y la sonrisa despectiva de los poderosos.

Eso ocurre aquí en América Latina, pero también en África o en cualquier rincón de la Tierra.

La violencia está en el mundo, ¿cómo no habría de estar presente en las aulas? Preocupa a todos los hombres y a todas

las mujeres del planeta que sienten mínimamente el dolor de un mundo maravilloso negado, destruido. ¿Cómo y por qué no habría de preocuparnos a quienes asumimos la tarea de educar, dentro o fuera de las aulas?

La violencia es una preocupación humana, porque es la causa del dolor humano, en todas sus manifestaciones: en el hambre, en la soledad, en el terrorismo, en el poder político que se disfraza de democrático, en la violencia intrafamiliar, en la violencia entre jóvenes. Nadie ajeno a lo humano, hoy, es ajeno a la preocupación por la violencia.

Urge, entonces, empezar a sentir y a vivir comprometidos en proyectos de vida que contribuyan a enfrentar esa cultura violenta que nos domina planetariamente. Para ello es necesario el aprendizaje profundo de la convivencia, no "para ir pasando", no para aprender a "no meternos con el otro", sino desde una consideración de la convivencia como vida compartida con otros y otras, desde la cual construimos nuestro ser y el planeta.

Por eso es que el aprendizaje de una nueva convivencia entre humanos tiene enormes consecuencias para los poderes del mundo. No es casual que mucho del tiempo libre de niños y niñas, adolescentes y jóvenes se base en prácticas individualistas, desconectadas de otros, en un paulatino, cotidiano y profundo aprendizaje de la desvinculación.

Educar desde la contradicción "violencia-convivencia"

Vamos a asumir que la convivencia, en su más pleno sentido, se refiere a la práctica de relaciones entre personas y entre éstas y su entorno, basada en las actitudes y los valores pacíficos (respeto pleno, participación, práctica de los derechos humanos, democracia, dignidad y otros rasgos).

Eso significa que estamos considerando que la convivencia es la antítesis de la violencia. Con ello, tomamos una postura activa frente a la violencia. Ésta no se combate o destruye con posiciones de pasividad (que podrían confundirse con la paz misma), sino con la dinámica propia de las interrelaciones, de las relaciones cotidianas, incluso conflictivas, en las que se ven involucrados los seres humanos.

Lo contrario a la violencia no es la pasividad. Lo contrario a la violencia es la paz, esa que tiene que ver –insistimos– con la convivencia; esa que se refiere a la "vivencia con" los demás. Ahí es donde se encuentra uno de los puntos fundamentales de la educación de niños, niñas, adolescentes y jóvenes en esta primera década del siglo XXI.

Debemos insistir en que este punto fundamental, este desafío claro y difícil para educadores y educadoras, ocurre en un momento de la historia humana regido y dominado por visiones, poderes, proce-

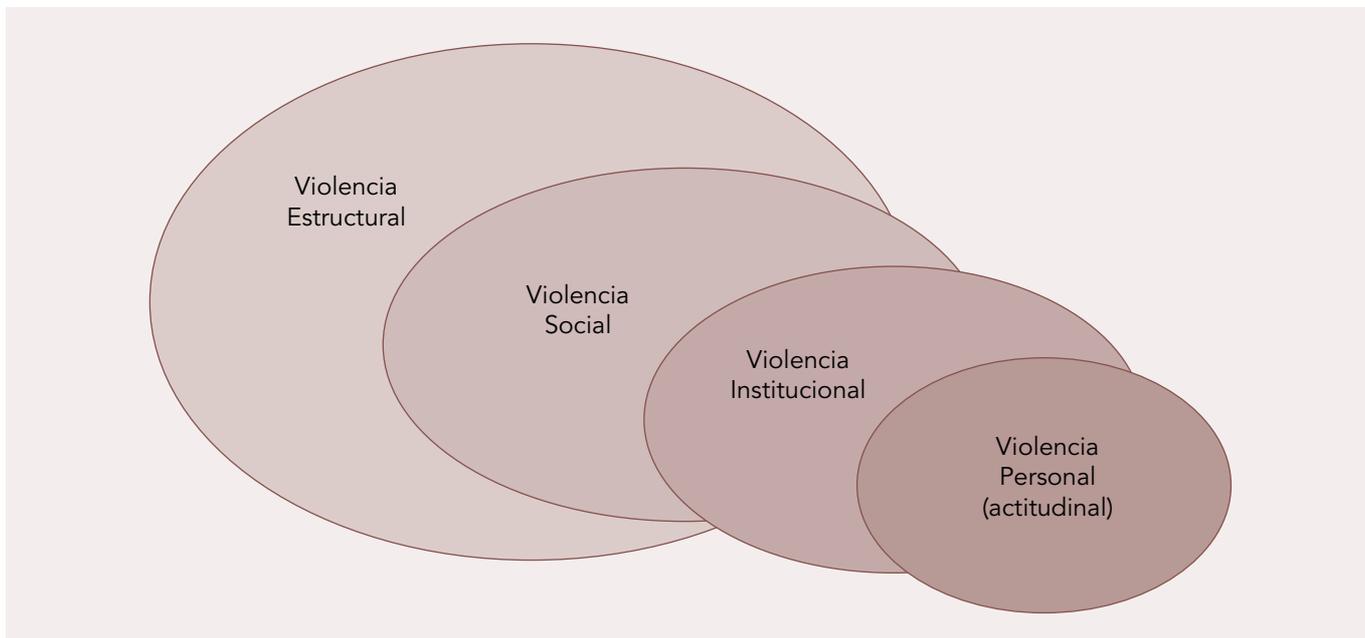
sos y personajes que se sienten cómodos, seguros y felices en la violencia como poder y como cultura.

Un presidente Bush, junto a otros presidentes de gobiernos, y a otros presidentes, directores o dueños de transnacionales, que ignoran la necesidad de construir la paz en cualquier parte del planeta y que se ufanan de su enorme poder bélico, representan los ejemplos visibles de un mundo violento en el que la muerte de civiles (mayor que la muerte de personas armadas) es tan cotidiana como la muerte de los muñequitos que aparecen en videojuegos baratos, cada vez más accesibles a adolescentes y a jóvenes con distintas posibilidades económicas o culturales.

Estas reflexiones surgen de un país, Guatemala, que ha vivido lo doloroso de una guerra interna (con más de 200.000 víctimas oficialmente reportadas), pero que ha sufrido durante 500 años la violencia histórica de opresión a los pueblos indígenas. Hoy, este país democratizado formalmente, agradable a los ojos y a los oídos de los poderes económicos y políticos globales, vive a diario la violencia en las calles, en las poblaciones, en los centros educativos (muchos sufriendola por dentro, en la cotidianidad escolar, y muchos otros sufriendo, además, amenazas de grupos de pandillas a los escolares).

Pero también se vive, principalmente en los sectores urbanos, una violencia

Cuadro 1



mediática y virtual absolutamente cotidiana, absolutamente incidente.

Hoy, este tipo de situaciones ocurren en contextos como el latinoamericano o como el europeo. ¿Quién ignora que la violencia es el rasgo cultural que distingue nuestro tiempo?

Y, sin embargo, es desde y para esa realidad que se hace necesario insistir en los procesos educativos hacia la convivencia, hacia la paz en toda su plenitud. Por ello hablamos de partir de la dialéctica "violencia-convivencia".

Porque si sólo nos quedamos en el polo tensional de la "violencia", parecería que bajamos los brazos en la lucha pedagógica por un mundo distinto al actual, con la derrota ética metida en nuestros corazones y seres. ¿Es esto aceptable para quienes nos dedicamos a la educación en cualquiera de sus expresiones? ¿Podemos aceptar el conformismo y la "naturalidad" de la violencia aquellos y aquellas que creemos en la educación como transformación y desarrollo de la vida?

Si nos reducimos al polo tensional de la "convivencia" (sin tomar en cuenta la realidad violenta), entonces perdemos de vista lo que está marcando todos los días la vida, el ser integral de aquellos y aquellas a quienes pretendemos educar, y con quienes nos pretendemos educar. Quedamos así reducidos a las simples buenas intenciones, al discurso florido, pero sin impacto e incidencia, sin empuje en las urgentes transformaciones.

Está claro que urge transformar las interrelaciones humanas actuales (marcadas por la violencia) para la construcción de la paz en el mundo que tenemos. Para que los centros escolares puedan

contribuir a ello, los educadores necesitamos comprender profundamente la violencia y anhelar apasionadamente la convivencia.

Esta dialéctica nos obliga a continuar profundizando en el estudio permanente de las causas, de los factores y de las circunstancias en las que se crea la violencia, lo que significa descubrir sus expresiones y sus distintos niveles. Aquí vale la pena mencionar que muy frecuentemente los educadores nos quedamos en el plano de la violencia que viven nuestros alumnos y alumnas en el ámbito familiar o escolar, y dejamos de preocuparnos por una comprensión educativa más amplia en la que se incluiría el estudio de los otros niveles de violencia.

Así, un esfuerzo educativo valioso puede ser el de estudiar colectivamente los siguientes niveles de la violencia en el mundo (véase cuadro 1).



Aprender la convivencia

Los centros escolares no lo tienen fácil cuando se trata de contribuir al aprendizaje de la convivencia, sobre todo cuando niños y niñas, adolescentes y jóvenes no sólo aprenden en el día a día a sufrir a padres y adultos violentos, intolerantes o indiferentes, sino que además, en el mundo que les ha tocado vivir, la violencia está en todo y por todos lados.

Aprender a vivir junto a otros no sólo tiene que ver con la cercanía física, sino que se enfoca desde y para la cercanía ética, que implica compartir visiones, sueños y caminos que suponen aprender a sentir el amor a la vida a través de los demás. Ese tipo de aprendizaje evidentemente choca con el mundo real. Pero no podemos por ello renunciar a nuestra responsabilidad de educar para la convivencia.

Vamos a compartir tres reflexiones que consideramos cruciales en la educación para la convivencia.

Ir más allá del aprendizaje teórico, aunque éste sea necesario

Está claro que a convivir aprendemos conviviendo y que ello no surge simplemente de lecturas o discursos. Tampoco lo vamos a aprender en un curso *on line*. Constituye un aprendizaje que se adquiere desde la práctica cotidiana, más allá de toda teoría.

Sin embargo, debemos insistir en el hecho de que también existen posibilidades –para el aprendizaje teórico– que no debiéramos descartar u olvidar. Por ejemplo, todo el aprendizaje de habilidades de comunicación, que aunque continúa teniendo como referencia las prácticas reales, también posibilita iluminaciones, clarificaciones, ideas nuevas desde los planteamientos teóricos.

Quizá uno de los campos fundamentales en la convivencia, para el cual existe bastante riqueza teórica por aprovechar, se refiere al del manejo de conflictividades, ya sea porque las personas se encuentran envueltas en ellas o porque les toca ayudar a resolverlas. Los distintos recursos teóricos que se han ido creando ofrecen un ejemplo de que la teoría es útil en esto de educar para la convivencia. Como éstas, existen más posibilidades teóricas.

Aprendemos a convivir en la cotidianidad

Perdón por la obviedad, pero precisamente por eso a veces deja de sentirse, vivirse, practicarse y pedagogizarse: es en los comportamientos e intercambios sencillos, cotidianos y casi invisibilizados de nuestra vida diaria en el centro escolar (y claro, también en los otros espacios de vida) que aprendemos a relacionarnos con los demás; a expresarnos hacia ellos y ellas; a escucharlos y a atenderlos; a solidarizarnos con sus problemas y ne-



cesidades; a compartir esfuerzos y proyectos, que, ampliados, van convirtiéndose en nuestros proyectos de vida y en nuestros proyectos políticos.

Es en lo invisible de la cotidianidad que se aprende a amar al ser humano y a los otros seres del planeta, porque es allí donde aparecen las interrelaciones como el medio por el cual formamos parte de este mundo. Las interrelaciones que creamos con los demás, y con todo lo demás, no son simplemente un lazo de comunicación o intercambio. Son el nutriente básico de nuestro ser.

Además, tomemos en cuenta que la cotidianidad posee una característica fundamental en las viejas o nuevas pedagogías del aprendizaje: implica repetición. Además, está claro que implica apoderamiento personal, que conlleva interiorización personal. La educación para la convivencia es consustancialmente una educación desde la convivencia.

Desde el testimonio interpersonal de docentes y adultos

Los escolares aprenden a convivir en su cotidianidad y en sus propias relacio-

nes entre sí, pero existe el referente contundente de lo que ven, piensan y sienten cuando son testigos presenciales de las relaciones que establecen sus adultos más cercanos. Ya sea en los ámbitos familiar y social, como en el escolar, los adultos educan (sin darse cuenta, tristemente) por la forma en que conviven entre sí.

En el específico mundo de lo escolar, es determinante en esta educación para la convivencia la manera en que se crea la cotidianidad de relaciones entre docentes, entre adultos (vinculados a la dinámica escolar) en general.

Ha sido frecuente que desde el desprecio e indiferencia, hasta la violencia explícita, los adultos ejemplifiquen la convivencia humana, para bien o para mal. Esto se agrava cuando la contradicción se hace evidente en su discurso cotidiano o en sus esfuerzos teóricos relativos a la convivencia.

Una didáctica de la convivencia

Podemos afirmar que la didáctica de la convivencia (si es que podemos utilizar

esta expresión) tiene que ver con dos direcciones metodológicas: educar desde la vida y educar para la vida.

Cuando hacemos un planteamiento didáctico "desde la vida" es porque consideramos que en la vida misma se encuentran recursos de todo tipo que nos pueden ayudar a las reflexiones, a las prácticas y a las actitudes favorables a la convivencia. Se trata de tener la habilidad y la astucia pedagógica de estar descubriendo y aprovechando al máximo esos recursos a favor de los valores de paz.

El planteamiento didáctico "para la vida" tiene que ver con los cambios o las transformaciones en la convivencia que pretendemos. Esto se convierte en el punto de llegada de nuestros procesos educativos por la convivencia. También podemos decir que esta dirección metodológica expresa toda la fuerza ética de la educación para la convivencia, porque implica o conlleva las grandes pretensiones, los grandes valores por conquistar, las transformaciones que justifican el esfuerzo. En el cuadro 2 ubicamos algunos de los aspectos o componentes sobre lo antes expresado.

Cuadro 2

	Explicación breve	Ejemplos de recursos didácticos	Exigencias o implicaciones para las y los educadores
Didáctica de la convivencia "desde" la vida.	- Se trata de construir aprendizajes desde el uso y aprovechamiento de las situaciones que se presentan en la vida cotidiana.	<ul style="list-style-type: none"> ★ Circunstancias, hechos o situaciones de la vida personal, familiar o escolar de quienes aprenden, relativos a violencia o convivencia. ★ Noticias, hechos o informaciones provenientes del mundo en general, o del país, relativas a violencia o a convivencia. ★ Ejemplos reales de personajes y sucesos (ya sea sobre violencia o sobre convivencia). 	<ul style="list-style-type: none"> ★ Atención, respeto e interés por la vida de los educandos y de los miembros de la comunidad educativa. ★ Búsqueda, acopio, organización y aprovechamiento didáctico de información, noticias y estudios, relativos a violencia o convivencia. ★ Actitud permanente de aprovechamiento educativo a favor de la convivencia, de los hechos o circunstancias que se presten para la reflexión.
Didáctica de la convivencia "para" la vida.	- Se trata de construir aprendizajes que afecten e influyan en el desarrollo y plenitud de cada aprendiente.	<ul style="list-style-type: none"> ★ Esfuerzos creativos de escenarios ideales con nuevas formas de convivencia. ★ Proyectos de esfuerzos compartidos con otros (personas, grupos, instituciones) alrededor de nuevas formas de convivencia. ★ Aplicaciones prácticas sobre valores de convivencias. 	<ul style="list-style-type: none"> ★ Claridad axiológica: valores, actitudes a fortalecer y desarrollar en los procesos educativos. ★ Actitud permanente de respeto y vivencia diaria de valores que favorezcan la convivencia. ★ Visión ética sobre lo educativo (respeto y opción por la dignidad humana), con posición política (postura y compromiso), que se comparten con las y los aprendientes.